

## CAPITULO III - APARTADOS PARA EL ESPIRITU SANTO.

*"Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén. . . y Saulo.*

*Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.*

*Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron. Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia" (Hechos 13:1-4).*

### EL ESPIRITU SANTO DIRIGE LA OBRA DE DIOS EN LA TIERRA.

ENCONTRAREMOS EN EL RELATO de nuestro texto materia para algunas preciosas consideraciones que nos servirán de guía respecto a lo que Dios quiere de nosotros y lo que Dios está dispuesto a hacer por nosotros. La gran lección de los versículos antes citados es ésta: *El Espíritu Santo es el director de la obra de Dios en la tierra.* Y lo que debemos hacer nosotros para trabajar en el servicio de Dios como es debido y para que El bendiga nuestro trabajo, es tener cuidado de mantenernos en la relación debida con el Espíritu Santo, de darle cada día el lugar de honor que le pertenece, y de que en todo nuestro trabajo, y, lo que es más, en toda nuestra vida interior privada, ocupe siempre el primer lugar el Espíritu Santo. Permítame señalarle algunas de las preciosas consideraciones que sugiere nuestro pasaje.

#### Los planes de Dios con respecto a su reino

Su iglesia en Antioquía había sido establecida. Dios tenía ciertos planes e intenciones acerca de Asia y Europa. El era quien los había concebido; eran suyos, y fue Él quien los dio a conocer a sus siervos.

Nuestro Comandante Supremo organiza toda la campaña, y sus generales y oficiales no siempre conocen los grandes planes. Con frecuencia reciben órdenes selladas, y tienen que esperar a recibir de Él lo que quiera ordenarles. Dios tiene deseos, y tiene

un designio, con respecto de cada trabajo que hay que hacer y del modo como hay que hacerlo. Dichoso el hombre que entra en los secretos de Dios y trabaja bajo su dirección.

Hace algunos años abrimos en Wellington, Sudáfrica, donde yo vivo, un Instituto Misionero, que allí se considera como un hermoso edificio. En el culto de apertura, el director dijo algo que no he olvidado nunca. "El año pasado" dijo "nos reunimos aquí para poner la primera piedra de este edificio, y ¿qué es lo que podía verse entonces? Sólo escoria, piedras, ladrillos, y escombros de un viejo edificio que había sido derribado. Pusimos la primera piedra, y muy pocos sabían qué edificio era el que aquí se iba a levantar. Nadie lo conocía perfectamente en todos sus detalles excepto un sólo hombre: el arquitecto. En su mente, todo estaba claro. El maestro de obras, los albañiles y carpintero, a medida que iban trabajando, recibían las órdenes de él. El obrero más humilde tenía que obedecer las órdenes que se le daban. Así se levantó la estructura, y se completó este hermoso edificio. Y de la misma manera – añadió -- este edificio que hoy abrimos no es sino el cimiento de una obra de la que sólo Dios sabe lo que ha de ser".

Pero Dios tiene sus obreros, y tiene sus planes claramente trazados, y a nosotros nos corresponde esperar a que Dios nos comunique tanto de su voluntad como en cada momento sea necesario.

Tenemos tan sólo que ser fieles en obedecer, ejecutando sus órdenes. Dios tiene un plan para su Iglesia en la tierra; pero, ¡ay!, con demasiada frecuencia hacemos nuestros propios planes, creyendo que sabemos lo que debe hacerse. Pedimos a Dios que bendiga nuestros débiles esfuerzos, en vez de negarnos absolutamente a avanzar si Dios no va delante de nosotros. Dios tiene planeada la obra y la extensión de su reino. El Espíritu Santo está encargado de ella. "La obra a que los he llamado". Dios nos ayude, por tanto, a temer tocar "el arca de Dios" a menos que seamos guiados por el Espíritu Santo.

### **La revelación de los planes de Dios a sus siervos**

Sí, ¡bendito sea Dios por ello!, Dios todavía se comunica con nosotros. Lo mismo que leemos aquí lo que dijo el Espíritu Santo, el Espíritu Santo habla todavía a su Iglesia y a su pueblo. En estos últimos días lo ha hecho muchas veces. Ha venido a hombres por

separado y por su divina enseñanza los ha llevado a campos de trabajo que otros no podían al principio comprender o aprobar, a procedimientos y métodos que no se recomendaban a la mayoría. Pero el Espíritu Santo sigue enseñando a su pueblo en nuestros tiempos. Gracias a Dios, en nuestras sociedades misioneras para el extranjero y en nuestras misiones nacionales, y en millares de clases de trabajo, se conoce la dirección del Espíritu Santo; pero (creo que todos estamos dispuestos a confesarlo) se la *conoce demasiado poco*. No hemos aprendido lo bastante a prestarle atención, y deberíamos declarar solemnemente ante Dios: Oh Dios, queremos esperar más a que tú nos muestres tu voluntad.

No le pida a Dios poder solamente. Muchos cristianos tienen su propio plan de trabajo, pero Dios tiene que mandar el poder. El hombre trabaja según su propia voluntad, y Dios tiene que dar la gracia -- esta es la razón de que tantas veces conceda Dios tan poca gracia y tan poco éxito. Pero pongámonos todos en la presencia de Dios y digamos:

"Para lo que se hace de acuerdo con la voluntad de Dios no faltará el poder de Dios; lo que se hace de acuerdo con la voluntad de Dios debe tener la poderosa bendición de Dios".

Así es que deseemos primordialmente que la voluntad de Dios sea revelada a nosotros. Si usted me pregunta, ¿Es fácil obtener esas comunicaciones del cielo, y entenderlas? Yo le puedo dar la respuesta. Es fácil para aquellos que están en la debida comunión con el cielo y que comprenden el arte de esperar en Dios en oración. Muchas veces nos preguntamos: ¿Cómo puede una persona conocer la voluntad de Dios? Y cuando estamos en perplejidad pedimos con fervor que Dios nos responda inmediatamente. Pero Dios sólo puede revelar su voluntad a un corazón humilde, tierno, y vacío. Dios sólo puede revelar su voluntad en perplejidades y dificultades especiales a un corazón que ha aprendido a obedecerle y a honrarle lealmente en las cosas pequeñas y en la vida diaria.

### **Preparación de los siervos para obtener la revelación**

¿Qué leemos en este pasaje? Unos cuantos hombres estaban ministrando al Señor y ayunando, y el Espíritu Santo vino y les habló. Algunos entienden este pasaje como si se tratara de un comité misionero de nuestros días: vemos que hay un campo abierto,

hemos tenido misiones en otros campos, y nos proponemos entrar en ese nuevo campo. Lo tenemos Prácticamente decidido, y oramos sobre ello. Pero la situación era muy diferente en aquellos días. Dudo que ninguno de aquellos hombres pensara en Europa, porque, más adelante aun el mismo Pablo intentó volver al Asia, hasta que la visión nocturna le llamó por la voluntad de Dios. Observemos a aquellos hombres. Dios había hecho maravillas. Había extendido la Iglesia hasta Antioquía, y la había bendecido rica y abundantemente. Y ahora, ahí estaban esos hombres ministrando al Señor con oración y ayuno. Tenían esta profunda convicción: "Todo tiene que venir directamente del cielo. Estamos en comunión con el Señor resucitado, debemos estar estrechamente unidos a Él, y de algún modo, El nos hará saber lo que quiere. Y ahí estaban ellos, vacíos, ignorantes, indefensos, alegres y gozosos, pero en profunda humildad.

"Señor", parecen decir "somos tus siervos, y miramos a ti en ayuno y oración. ¿Cuál es tu voluntad para nosotros?"

¿No le sucedió lo mismo a Pedro? Estaba en la azotea, ayunando y orando, y poco pensaba él en la visión y en la orden de ir a Cesarea. Ignoraba lo que había de ser su obra.

Es a corazones enteramente rendidos al Señor Jesús, a corazones que se separan del mundo y aun de los ejercicios religiosos ordinarios para ocuparse en oración intensa a mirar a su Señor- es a tales corazones a los que la voluntad divina de Dios se hará manifiesta.

Usted sabe, que el verbo ayunar vuelve a aparecer por segunda vez (en el tercer versículo de nuestro pasaje): "Habiendo ayunado y orado". Cuando oráis, le gusta entrar en su cuarto, según el mandamiento de Jesús, y cerrar la Puerta. Dejáis fuera las ocupaciones, compañías, placeres, y todo lo que podría distraeros, porque queremos estar solos con Dios. Pero, en un sentido, el mundo material nos sigue allí. Tenemos que comer. Aquellos hombres querían apartarse de toda influencia de lo material y lo visible, y ayunaron. Si comían era simplemente lo necesario para satisfacer las necesidades de la naturaleza, pero, en el intenso celo de sus almas, querían expresar su abandono de todo lo terrenal, ayunando en la presencia de Dios. Dios nos dé esa intensidad de deseo, esa separación de todas las cosas, porque queremos estar atentos a Él para que el Espíritu Santo pueda revelarnos la bendita voluntad de Dios.

## **Apartados para el Espíritu**

En cuarto lugar veamos, ¿Cuál es la voluntad de Dios ahora tal como el Espíritu Santo la revela? Está contenida en esta frase; Apartados para el Espíritu Santo. Esa es la clave del mensaje celestial.

“Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. La obra es mía, y yo cuido de ella, y yo he escogido a estos hombres y los he llamado, y quiero que vosotros, que representáis a la Iglesia de Cristo en la tierra, los apartéis para mí”.

Considere este mensaje divino en su doble aspecto.

Aquellos hombres iban a ser apartados para el Espíritu Santo, y la Iglesia era la que iba a apartarlos. El Espíritu Santo podía confiar en que estos hombres lo harían en el espíritu debido. Vivían en comunión con Dios y el Espíritu Santo podía decirles: "Apartadme a estos hombres" y éstos eran los hombres que el Espíritu Santo había preparado y podía decir de ellos: "Que me sean apartados".

Aquí tocamos la raíz, la médula misma de lo que necesitan los obreros cristianos. La pregunta es: ¿qué se necesita para que la potencia de Dios descansa sobre nosotros más poderosamente, para que la bendición de Dios se derrame más abundantemente entre los pobres desgraciados y los pecadores que perecen con los cuales estamos trabajando? Y la respuesta divina es:

“Necesito hombres apartados para el Espíritu Santo”.

¿Qué implica esto? Usted sabe que, hay dos espíritus en la tierra. Cristo dijo, hablando del Espíritu Santo: "Al cual el mundo no puede recibir. . . ." Pablo dijo: "No hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios". Eso es lo que todo obrero cristiano necesita: que salga de él, el espíritu del mundo, y que entre en él, el Espíritu de Dios a tomar posesión de su vida interior y de todo su ser.

Estoy seguro de que hay obreros que claman a Dios muchas veces pidiendo que el Espíritu Santo venga sobre ellos como Espíritu de poder para su obra, y que cuando sienten esa medida de poder y obtienen bendición dando gracias a Dios por ello. Pero Dios quiere algo más y algo más elevado. Dios quiere que busquemos al Espíritu Santo como Espíritu de poder en nuestro propio corazón y en nuestra vida para vencer al yo y expulsar el pecado, y para grabar en nosotros la bendita y hermosa imagen de Jesús.

Hay una diferencia entre el poder del Espíritu como don y el poder del Espíritu como gracia para la santificación de nuestra vida. Es posible que un obrero tenga con frecuencia cierta medida del poder del Espíritu, pero si no tiene una gran medida del Espíritu de gracia y de santidad, la falta se manifestará en su trabajo. Ese obrero podrá ser un medio para la conversión de otros, pero nunca podrá ayudarlas a alcanzar un nivel más alto de vida espiritual, y cuando él desaparezca podrá desaparecer con él gran parte de su obra. Pero el hombre apartado para el Espíritu Santo es un hombre que se ha entregado para decir:

"Padre, que el Espíritu Santo se enseñoree por completo de mí, de mi hogar, de mi carácter, de todas las palabras de mi boca, de todos los pensamientos de mi corazón, de todos mis sentimientos hacia mis semejantes; que el Espíritu Santo tenga entera posesión de todo".

¿Ha sido ése el deseo y el pacto de su corazón con su Dios -- el de ser un hombre o una mujer apartado y entregado al Santo Espíritu? Te ruego que escuches la voz del cielo: "Apartadme", dijo el Espíritu Santo. Sí, *apartados* para el Espíritu Santo. Dios nos conceda que esta palabra penetre hasta el mismo fondo de nuestro ser para escudriñarnos, y si descubrimos que no hemos salido del mundo del todo, si Dios nos descubre que están ahí todavía la vida del Yo, la voluntad propia, y la propia exaltación, humillémonos delante de Él. Hermano, hermana, usted es un obrero apartado para el Espíritu Santo. ¿Es esto verdad? ¿Ha sido éste su ferviente deseo? ¿Ha sido ésta su entrega? ¿Ha sido esto lo que ha esperado mediante la fe en el poder de nuestro Señor Jesús resucitado y todopoderoso? Si no, he aquí el llamado de fe, he aquí la llave de bendición: *apartados para el Espíritu Santo*. ¡Dios escribe esta palabra en nuestros corazones!

He dicho que el Espíritu Santo habló a aquella iglesia como a una iglesia capaz de hacer aquel trabajo. El Espíritu Santo tenía confianza en aquellos hombres. Dios nos conceda que nuestras iglesias, nuestras sociedades misioneras, nuestras uniones de obreros, y todos nuestros directores, y juntas, y comités, sean hombres y mujeres aptos para la obra de apartar obreros para el Espíritu Santo. Esto también podemos pedírselo a Dios.

Ahora en quinto lugar consideremos esto: esta santa asociación con el Espíritu Santo en esta obra se convierte en motivo de responsabilidad consciente y de acción.

Aquellos hombres, ¿qué hicieron? Apartaron a Pablo y a Bernabé, y está escrito después, de los dos, que, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia. ¡Qué comunión! En el cielo, el Espíritu Santo toma parte de la obra, y en la tierra, los hombres hacen la otra parte; y después de la ordenación de los dos hombres en la tierra, está escrito en la Palabra inspirada de Dios que fueron enviados por el Espíritu Santo.

Y vemos cómo esta asociación llama a aquellos hombres de nuevo a la oración y el ayuno. Habían estado durante algún tiempo, quizás días, ministrando al Señor y ayunando; habla el Espíritu Santo; y tienen que hacer la obra y asociarse con El, e inmediatamente se reúnen para más oración y ayuno. Ese es el espíritu en que obedecen la orden de su Señor. Y esto nos enseña que no es sólo al principio de nuestro trabajo cristiano, sino a todo lo largo de él cuando tenemos que buscar las fuerzas necesarias en la oración. Si hay un pensamiento respecto de la Iglesia de Cristo que me produce a veces abrumadora tristeza; si hay un pensamiento respecto de mi propia vida que me llena de vergüenza; si hay un pensamiento del que tengo la impresión de que la Iglesia de Cristo no lo ha aceptado ni comprendido; si hay un pensamiento que me hace pedir a Dios: "¡Oh! Enséñanos, por tu gracia, cosas nuevas", es el del maravilloso poder que la oración está destinada a tener en el Reino. ¡Nos hemos aprovechado de él tan poco!

Todos hemos leído en la gran obra de Bunyan la exclamación de Cristiano cuando se dio cuenta de que tenía en su seno la llave que podía abrir la puerta del calabozo. Nosotros tenemos la llave que puede abrir el calabozo del ateísmo y el paganismo; pero, ¡ay!, *nos ocupamos mucho más en nuestro trabajo que en la oración creemos más en hablar a los hombres que en hablar a Dios*. Aprendamos de los hombres de nuestro texto que la obra que el Espíritu Santo manda debe llamarnos a más ayuno y oración, a una nueva separación del Espíritu y de los placeres del mundo, a una nueva consagración a Dios y a su comunión. Aquellos hombres se entregaron al ayuno y a la oración, si en nuestro trabajo cristiano ordinario hubiera más oración, habría más bendición en nuestra propia vida interior. Si sintiéramos y probáramos y testificáramos al mundo que nuestra única fuerza está en estar, minuto tras minuto, en contacto con Cristo, dejando a Dios obrar en nosotros minuto tras minuto, si ése fuera nuestro espíritu, ¿no serían, por la gracia de Dios, más santas nuestras vidas? ¿No darían fruto más abundante?

Difícilmente conozco en la Palabra de Dios advertencia más solemne que la que hallamos en el tercer capítulo de Gálatas, donde pregunta Pablo: “Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿ahora vais a acabar por la carne?”

¿Comprendemos lo que eso quiere decir? El trabajo cristiano, lo mismo que una vida cristiana que se empieza con mucha oración, que se empieza en el Espíritu Santo, corre el peligro de desviarse gradualmente a las líneas de la carne, y viene la palabra: “Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿ahora vais a acabar por la carne?” En el tiempo de nuestra primera perplejidad y desamparo oramos mucho a Dios, y Dios respondió y Dios bendijo, y nuestra organización se perfeccionó, y nuestro grupo de obreros se hizo numeroso; pero gradualmente la organización y el trabajo y las prisas han ido tomando posesión de nosotros hasta el punto de que el poder del Espíritu, en el que empezamos cuando no éramos más que un pequeño grupo, se ha perdido casi del todo. Tome nota de ello, se lo ruego: fue con nueva oración y ayuno, con más oración y ayuno, como aquella compañía de discípulos llevó a cabo la orden del Espíritu Santo. “Alma mía, en Dios solamente reposa”. Ese es nuestro trabajo más alto y más importante. El Espíritu Santo viene en respuesta a la oración creyente.

Usted sabe que cuando Jesús, exaltado, ascendió al trono, durante diez días el “escabel” del trono fue el lugar desde donde sus discípulos, en espera, clamaban a Él. Y esa es la ley del Reino: el Rey, en el trono; los siervos, en el escabel. ¡Ojalá nos encuentre Dios siempre allí!

### **La bendición de obrar en obediencia al Espíritu**

Y, para terminar, una última consideración: *¡Qué maravillosa bendición viene cuando se deja al Espíritu Santo guiar y dirigir la obra, y cuando ésta se realiza en obediencia a Él!* Ya usted conoce la historia de la misión a la que fueron enviados Bernabé y Saulo.

Sabe cuánto poder los acompañó. El Espíritu Santo los había enviado, y ellos fueron de lugar en lugar con abundante bendición. El Espíritu Santo guió su avance. Se acuerda que fue el Espíritu Santo quien impidió a Pablo volver a Asia y le encaminó a Europa. ¡Qué bendición la que descansaba sobre aquella pequeña compañía de hombres y su servicio al Señor!

Aprendamos a creer, se lo suplico, que Dios nos tiene reservada bendición. Al Espíritu Santo, en cuyas manos Dios ha puesto la obra, se le ha llamado *"el ejecutivo de la Santa Trinidad"*. El Espíritu Santo no sólo es Espíritu de poder, sino Espíritu de amor. Cobija bajo sus alas este mundo tenebroso y todas las esferas de actividad en él, y está pronto a bendecir. Y, ¿por qué no hay más bendición? No puede haber más que una respuesta: porque no hemos honrado al Espíritu Santo como deberíamos haberlo hecho. ¿Hay quien pueda decir que esto no es verdad? ¿No están todos los corazones conscientes dispuestos a clamar: "Perdóname oh Dios, que no haya honrado al Espíritu Santo como debería haberlo hecho, que le haya entristecido, que haya permitido trabajar al Yo, la carne y a mi propia voluntad donde debería haber honrado al Espíritu Santo. Que Dios me perdone por haber dejado que el Yo, la carne y mi propia voluntad ocuparan de hecho el lugar que Dios quería fuese el del Espíritu Santo"?

¡El pecado es mayor de lo que pensamos! ¡No es extraño que haya tanta debilidad y fracaso en la Iglesia de Cristo!